



EIGER: un poco de historia

Foto: Antxon Iturriza

JUANJO SAN SEBASTIAN

L A primera referencia a este nombre de «Eiger» data de 1252, y aparece en un documento redactado en latín que, delimitando la extensión de una parcela de terreno, precisa que se extiende hasta la base del «Egere» (ogro).

¿Quién, siendo niño, no oyó contar cuentos en los que aparece el temible ogro?

«Nuestros» ogros, a falta de grandes montañas en las que instalarse, lo hacían en los bosques, más cercanos a nuestro entorno, pero en las regiones más alpinas de Suiza, donde éstas abundaban, los ogros europeos, siempre de mayor nivel que los nuestros, habitaban en sus cimas, o al menos así lo creyeron los campesinos suizos hasta principios del siglo XIX, de la misma manera que sherpas y tibetanos creían hasta mucho más tarde en los misteriosos yetis.

Pocas montañas europeas han recogido

en torno a sí tantas pasiones, tantas rivalidades, envidias o mezquindades, tantos episodios heroicos, felices o trágicos en la medida tan intensa en que lo ha hecho el Eiger y, seguramente, ninguna otra ha marcado tanto y a tantos niveles, el final de una época. Vamos por partes, empezando por un dato previo:

De las treinta y nueve grandes cimas vírgenes ascendidas en los Alpes entre 1854 y 1884, nada menos que treinta y una, lo fueron por británicos distinguidos que extendían así sus aires imperiales por los lugares aún «inconquistados» del Viejo Continente.

te». Pues bien, no fue ningún británico, sino un irlandés, Charles Barrington, acompañado de dos guías locales, Christian Almer y Peter Bohren, quien alcanzó por vez primera la cima del «Ogro» el 11 de agosto de 1858.

En 1864, con la cuarta ascensión absoluta a esta montaña se registra también la primera femenina a cargo de miss Lucy Walker que, según cuentan, no bebía durante sus actividades alpinas más líquido que champán. Lucy Walker, también se convirtió más tarde en la primera mujer en escalar el Cervino.

No cerraremos este pequeño anecdotario sin mencionar una ascensión realizada cerca

años más tarde, la suroeste; en 1921 aparece por primera vez un japonés, Yuko Maki, en la historia de esta montaña. Maki, junto a dos guías de Grindelwald asciende por la arista Mittellegi, que aún se encontraba sin escalar, a pesar de que en 1885 fue utilizada como ruta de descenso por un grupo suizo. Sólo quedaba la cara norte, pero aún pocos podían imaginar su trazado definitivo incluso, hasta varios años después de que Lauper, Zürcher, Knubel y Graven lo hicieran por su arista nordeste en 1932, expresando entonces su orgullo por el hecho de que «un grupo exclusivamente suizo hubiese vencido la Norwand, el último gran escollo del Oberland Bernés».

Pero a mediados de esta década comenzaron a aparecer por Grindelwald unos cuantos jóvenes, en absoluto apreciados por los engrafados guías suizos. No sólo no eran de su país (venían de Alemania, Austria, y algunos pocos de Italia), sino que ni siquiera procedían de aristocracia o familia acomodada alguna; eran simples trabajadores, cuando no parados. Consecuentemente, no se alojaban en hoteles ni contrataban guías y, por si fuera poco, traían una idea tan absurda como imposible que, en palabras de un periodista de la época no suponía sino «una burla de lo que es la escalada clásica en montaña»: escalar por su mismísimo centro el mayor abismo de los Alpes, la Pared Norte del Eiger. Más lejos aún fue el coronel Strutt, presidente entonces del Club Alpino Británico, para quien la cara norte ya estaba superada por Lauper y sus compañeros. Strutt llegó a escribir que «la Eigernorwand sigue obsesionando a casi todos los tarados mentales del mundo entero; el primero que culmine la hazaña puede estar seguro de que habrá alcanzado la más necia variante desde los inicios del montañismo».

Como queriendo dar la razón a todos aquellos detractores, la tragedia cayó una y otra vez sobre quienes se atrevían a intentar la «Norwand», hasta el punto de que las autoridades de Berna llegaron a prohibir formalmente su escalada, prohibición que se mantuvo vigente durante un año, pero que en absoluto fue respetada:

Sedlmayr y Mehlinger perecieron en 1935, a unos 900 metros de la base, en el punto hoy conocido como «Vivac de la Muerte», y Rainer, Angerer, Kurz y Hintertöisser un año más tarde, protagonizando la historia más dramática de cuantas ha conocido el Eiger. En 1937 muere Gollackner, austríaco de 19 años mientras recono-

cía el hipotético trazado de la norte desde la Ruta Lauper, y a principios de verano del 38, los italianos Sandri y Menti fueron, probablemente, arrastrados por una avalancha.

No volvió el Eiger a conocer nuevas tragedias hasta casi una veintena de años más tarde, pero en cambio aquel verano de 1938 la pared norte fue, por fin superada por cuatro alpinistas, dos austríacos, Heckmair y Vörg, y dos alemanes, Harrer y Kasparek. Los cuatro fueron cortejados como héroes, primero en Kleine Scheidegg, sobre Grindelwald, y después en Alemania, donde les recibió y felicitó personalmente el mismísimo Adolf Hitler. Pero aún después del triunfo no todo fueron alabanzas. En el resto de los países, muy especialmente en el Reino Unido, aquello no podía digerirse tan pronto, ya que en muchas polémicas se había presentado el tema del Eiger burdamente politizado. La razón estaba con ellos, no podía estar con los nazis, y así el *Alpine Journal* reconocía la destreza, resistencia y modestia «de los cuatro hombres para seguidamente afirmar que aquella hazaña» poco o ningún interés tiene desde el punto de vista del montañismo, porque la «verdadera» vía de la Pared Norte del Eiger fue la abierta en 1932 (la ruta Lauper).

La pared de la muerte

La Segunda Guerra, en cuyo curso perdió la vida Vörg, hizo olvidar al Eiger durante largos años. En 1947, Lachenal y Terray realizaron la segunda ascensión a esta pared, con dos vivacs, uno menos que los primeros, y en este mismo año, los suizos Gottfried Jermann y los hermanos Hans y Karl Schlunegger escalan la «Norwand» por tercera vez, con sólo un vivac. Por fin, la cuarta ascensión, realizada en 1950 por los austríacos Waschak y Forstenlechner, supone la primera sin vivac, horario aún muy poco habitual en nuestros días.

Los españoles no entran en la historia del Eiger hasta 1963, y también lo hacen de forma trágica: en agosto de ese año mueren de agotamiento y frío los aragoneses Rabadá y Navarro, en el punto conocido como «La Araña», muy cerca ya de las pendientes cimeras, durante su cuarto día de escalada; en 1964 los catalanes Anglada y Pons llevan a buen término la escalada con tres vivacs, y en 1969 son los madrileños Pérez de Tudela y Carlos Reguero los que realizan la segunda nacional en cinco días. Los catalanes Camprubí y Pérez-Gil realizan la tercera, a principios de los setenta.

Desde entonces, el Eiger fue escalado por otras dos cordadas, madrileña y catalana respectivamente, hasta la primera ascensión vasca, a cargo de Iñaki Aldaia y Martín Zabaleta, que la hicieron en 1984 con dos vivacs. La segunda vasca la protagonizaron Marcelino Noal, Pepe Tubilleja y Luis Javier Ovejas en setiembre del 88, con dos vivacs, coincidiendo con el que suscribe, siendo la tercera la realizada por José Luis Urzuriaga, de Gernika, y Molinero, de Markina.

La cuarta es, por fin, la que aquí se relata. ■



Foto: Pedro Aranbarri «Gorriye».

Pako Iriarte al comienzo de las dificultades, en la cuarta ascensión vasca realizada con Pedro Aranbarri «Gorriye», el 15 y 16 de julio de 1990.

◀ Eigerwand.

de veinte años más tarde por otro inglés, el aristócrata Peter Campbell. Como los demás hasta entonces, también siguió la ruta del flanco oeste del Eiger, sólo que Campbell... era ciego desde su adolescencia.

Combates por el Eiger

En muchos años no volvió a darse noticia alguna comparable, si bien, poco a poco el Eiger había ido acumulando interesantes novedades desde aquella primera ascensión: en 1876 se sube la arista sur, ocho